

CONCLUSIÓN. Y LA PALABRA ENCARNADA DIO SU FRUTO

Esta guía de oración quiere ser como un árbol bueno que da frutos abundantes. Pero no se puede olvidar que los frutos toman un tiempo para madurar. El crecimiento en la oración es don del Señor y pide generosidad y constancia de nuestra parte. «Pon en práctica lo que has entendido de este camino, y poco a poco comprenderás el resto del mismo». Así decían los padres del desierto. Es importante comenzar y continuarlo. La oración no es una realidad estática. Podemos crecer. Cuando se perdura en un camino de oración, se llegan a ver los frutos:

La oración se hace sencilla

Se reduce a encuentro, a escucha, a abrir el corazón y la mirada, a estar en la presencia del Señor. En esta guía no faltan los consejos prácticos. Es importante comenzar por invocar al Espíritu Santo antes de iniciar la oración: «Ven, Espíritu Santo». Se necesita serenar el corazón para escuchar la Palabra del Señor, leer atentamente el texto que nos va a motivar la oración, destacar las palabras que más nos tocan, subrayarlas, releer los párrafos. Pero podemos decir que sólo se comienza a orar cuando surgen los movimientos interiores de adoración, acción de gracias, petición, entrega de sí. Entonces todo se simplifica.

La oración se hace desde la fe del corazón

A medida que avanzamos en esta experiencia espiritual, nuestro afecto está más presente y se une a nuestra inteligencia. Así llegamos a orar no sólo con la mente, sino también con el corazón. Éste se abre, como fruto de la oración, se ilumina la mente y se enciende el fuego de nuestro amor. Aprendemos a poner amor en todo. Quedamos confortados y afirmados en el bien.

La oración nos hace marianistas

El Padre Chaminade y la Madre Adela comenzaron el camino marianista, y fueron los iniciadores de los demás en esta andadura. Ellos nos siguen invitando a orar lo que ellos oraron, y a hacerlo como ellos lo hicieron. Sus escritos y palabras fueron fruto de la oración, y cuando los recordamos y evocamos, entramos en oración. Estos escritos llevan la inspiración de quien los ha dicho o escrito, movidos por el Señor, y los han confrontado con una existencia que se transforma en servicio. Se recibe la gracia marianista cuando se entra en esta comunión que produce la oración con nuestros Fundadores.

La oración nos lleva a encarnar la Palabra en el mundo

Ser fieles a las exigencias de la oración es entrar en un camino espiritual que nos permite vivir como hombres y mujeres de fe en medio de la realidad actual y en íntima unión con Jesús. Cuando se llega a centrar la vida en Jesús, y a recapitular nuestros pensamientos y sentimientos, nuestras acciones y comportamientos en Jesús, se llega a vivir con una gran libertad interior, a poner mucho amor en todo y a adquirir una gran capacidad de compromiso. Nos hacemos más discípulos de Jesús, para ser más apóstoles del Reino de verdad, de justicia y de paz.

Este camino de oración nos deja con esperanza. Es decir, con Jesús, que es el compañero de nuestro caminar, el alfa y omega de nuestro recorrido. Cuando se permanece en la oración, se llega a poner nuestra esperanza en Jesús y conseguimos que él sea nuestra esperanza. Orar es comenzar a compartir con el Señor las alegrías del encuentro definitivo y las alegrías de los esfuerzos y empeños de nuestro encuentro diario.

Estos son algunos de los frutos de la oración marianista, cuando oramos en fidelidad al Evangelio y a nuestro carisma, cuando encarnamos la Palabra como lo hizo María. «Y la Palabra se hizo carne», y por María vino a habitar entre nosotros. Por María se hace fecunda la Palabra en cada uno de nosotros.

Fin de “Encarnar la Palabra”